

# EL ORIGEN DE LAS CUMBRES DEL G7. COOPERACIÓN POLÍTICA ANTE UNA ECONOMÍA GLOBALIZADA

*Marie Mertens*

Investigadora en formación UNED

marie.a.mertens@gmail.com <https://orcid.org/0000-0001-6274-4556>

Entre el 25 y 27 de agosto de 2019 se celebró en Biarritz la 45ª cumbre del G7. El anfitrión, el presidente francés Emmanuel Macron, reunió, bajo la atenta mirada de la prensa mundial, al selecto Grupo de los Siete. Estos encuentros aún plantean varios interrogantes sobre la naturaleza del G7, su origen y sus objetivos.

Las cumbres del G7 se caracterizan por su informalidad. No se trata de una organización, ni institución, sino de reuniones anuales al máximo nivel que comenzaron en 1975. De hecho, el G7 no tiene existencia jurídica propia y carece de estatutos. Sus miembros son países industrializados, desarrollados, democráticos y de economía de mercado. Estos encuentros, que nacieron de una necesidad puntual de cooperación económica, pronto se convirtieron en unas reuniones anuales en las que se tratan asuntos de todo tipo: política, medio ambiente, seguridad, desempleo, etc. Un foro en el que los líderes de las potencias industriales debaten sobre los principales problemas del mundo occidental, buscando soluciones comunes en un mundo globalizado.

En este artículo se analizan los motivos de la celebración de la primera cumbre del G7, en 1975 en el palacio de Rambouillet, Francia. La hipótesis es que el encuentro tenía como objetivo principal crear un foro íntimo y ágil para tratar de buscar soluciones conjuntas a

problemas económicos y monetarios que se escapaban del control de la política nacional y, aunque fracasara el primer objetivo, se pretendía, al menos, dar una imagen de unidad. Esta idea diverge de la tesis de Enrico Böhm, quien sostiene que la imagen era el objetivo principal del G7 y la describe como una herramienta de legitimación de poder y seguridad. Se aplica para ello una perspectiva histórica, con análisis de fuentes primarias de archivo,<sup>1</sup> además de un repaso exhaustivo de la historiografía y la valoración del contexto histórico.

El presente artículo forma parte de un proyecto de investigación más amplio sobre el origen, funcionamiento, objetivos e impacto de las reuniones informales del Grupo de los Siete en su primera década (1975-1985). El estudio del impacto de estas reuniones en las políticas nacionales e internacionales, la importancia política y simbólica de los encuentros y su rol en las relaciones bilaterales y multilaterales, sirve, además, para analizar cómo funcionaba el sistema internacional en la difícil coyuntura del final de la llamada segunda Guerra Fría. Las cumbres y su preparación son un reflejo de la dinámica de poder entre los principales actores y su análisis contribuye a determinar hasta qué punto era desequilibrada la relación de EEUU y sus principales socios occidentales.<sup>2</sup> La investigación del G7 puede aportar un mejor conocimiento de las relaciones transatlánticas, en un

momento crítico de la relación entre EEUU y algunos socios, el colapso del sistema monetario de Bretton Woods, la crisis del petróleo y un momento crítico en el proceso de construcción europeo.

### Estado de la cuestión

Aunque el G7 es una realidad desde hace más de 40 años, ha sido relativamente poco estudiado. Las investigaciones académicas tardaron en realizarse y aún presentan numerosas lagunas.

De las investigaciones realizadas, la mayoría proceden del ámbito de las Ciencias Políticas, mientras que apenas hay estudios desde la perspectiva de la Historia. Esto hace que la bibliografía existente se centre mucho en aspectos teóricos de la politología, que se caracteriza más por la búsqueda de marcos teóricos, definiciones y el establecimiento de principios generales sobre el funcionamiento del G7. Estas obras a menudo analizan las cumbres para validar un modelo determinado.<sup>3</sup> La perspectiva histórica, sin embargo, no trata de evaluar el G7, sino insertarla en un proceso histórico para entender las razones de su creación, su evolución y su papel en la Historia Contemporánea.

Existen, por ejemplo, varios estudios del ámbito de las Ciencias Políticas y Económicas que tratan de valorar el nivel de cumplimiento y la efectividad del G7 mediante el análisis de aspectos cuantitativos como la cantidad de papel que se produjo en las cumbres, el número de palabras por comunicado, los días de duración de cada cumbre, el número de participantes o el número de acuerdos firmados.<sup>4, 5</sup>

Mientras tanto, las investigaciones de Historia han pasado de puntillas sobre G7. Apenas hay obras que utilicen los documentos de archivo para estudiar las cumbres, ya que las investigaciones de Ciencias Políticas y Económicas a menudo se centraron en el G7/8 más actual, utilizando las fuentes disponibles como

la prensa o los datos estadísticos, pero sin poder acceder al grueso de la documentación elaborada en las cumbres. Esta se archiva en los respectivos archivos nacionales y se mantiene clasificada por regla general unos 30 años.

Una de las excepciones sería el historiador británico Harold James, quien estudió el papel del G7 en la historia económica.

El primer *manual* sobre las cumbres fue escrito por Peter Hajnal, miembro del *G7/G8/G20 Research Group*. La gran diferencia entre su obra *The G8 System and the G20. Evolution, Role and Documentation*, escrita en 2007, y las publicaciones anteriores, es que Hajnal basa parte de su investigación en el acceso a fuentes primarias, a los primeros documentos desclasificados.

La obra conjunta dirigida por Mourlon-Druol y Federico Romero, *International Summitry and Global Governance. The rise of the G7 and the European Council, 1974-1991*, publicada en 2014, es el resultado de las investigaciones presentadas en una conferencia que tuvo lugar en el Instituto Universitario Europeo, en Florencia, en octubre de 2012. Posiblemente se trate de la aportación más completa y actualizada sobre el G7 desde un punto de vista histórico. Entre sus capítulos, destaca el de David Reynolds y sus estudios sobre los orígenes de las cumbres; una reflexión de Nicholas Bayne sobre la pervivencia del G7; la investigación del papel de Helmut Schmidt frente al de Valéry Giscard d'Estaing por parte de Elizabeth Benning; la aportación de Federico Romero sobre la psicología de los encuentros; las ideas de Piers Ludlow sobre el papel del G7 en las relaciones transatlánticas; así como el papel de las reuniones para coordinar los países occidentales frente al bloque oriental de la Guerra Fría, según Ángela Romano. Aunque este libro supone un importante avance en el estudio del G7 y su papel en las relaciones transatlánticas, no hay que olvidar que es un compendio de diez capítulos escri-

tos por diez autores muy distintos. Se trata de resultados de investigaciones que se centran en aspectos concretos del G7, por lo que falta un hilo conductor y, más importante aún, unos resultados globales.

La obra *Die Sicherheit des Westens. Entstehung und Funktionen der G7 Gipfel, 1975-1981* supone la ampliación y publicación de la tesis doctoral de Enrico Böhm.<sup>6</sup> Este autor defiende que el G7 se creó para crear una imagen a la opinión pública frente a las amenazas que sufría Occidente.<sup>7</sup> Según su tesis principal, los líderes se legitimaron por medio de tres técnicas, «*escenificación, seguridad y auto-aseguración*»<sup>8</sup> para mejorar la aceptación de su propia posición institucional en el sistema democrático y de sus políticas.<sup>8</sup> La *escenificación*, según Enrico Böhm, era importante, ya que enviaba un mensaje a la ciudadanía y se materializaba en las imágenes de las cumbres y en las declaraciones conjuntas. Con la palabra *seguridad*, el historiador alemán Böhm amplía el contenido del concepto hacia ámbitos más allá de la defensa. Los líderes se erigieron en el G7 como garantes de *la seguridad de Occidente*. La *auto-aseguración*, según el historiador alemán, contempla la auto-legitimación de los líderes mediante el entendimiento con otros líderes. Al situarse a la altura de ellos y comunicarse con ellos a puerta cerrada –también en asuntos que no contaban con mucho respaldo en sus respectivos países– los líderes se legitimaban entre ellos.

Para la presente investigación, sin embargo, se han podido consultar fuentes más actualizadas y variadas, que ofrecen matices y completan los estudios citados sobre el origen del G7. Mientras que la mayoría de las investigaciones y los propios protagonistas de las cumbres coinciden en que lo menos relevante eran los resultados –nadie esperaba grandes logros–, queda por clarificar cuál era el objetivo principal de los líderes: Enrico Böhm y Piers Ludlow dan una importancia central a la imagen, Nicholas

Bayne se centra en la importancia de la cumbre por su propio formato (intercambio informal, un debate sin cámaras).

Esta investigación, por su parte, defiende que el G7 tenía como objetivo principal crear un foro íntimo y ágil para tratar de buscar soluciones conjuntas a problemas económicos y monetarios que se escapaban del control de la política nacional y, en caso de que no fuera posible, al menos dar una imagen de unidad. La cuestión de la imagen, por supuesto que no carece de importancia y, desde el principio fue reconocida como una herramienta útil, pero no se han encontrado fuentes primarias que avalen que la imagen ocupe un lugar central, mientras que, al contrario, los propios actores refutan la idea de que se encontraban para legitimar su poder y crear una imagen de unidad.<sup>9, 10</sup> Además, si situamos (tal como lo hacen los propios actores y la mayoría de autores consultados) el completamente secreto e íntimo *Library Group* como antecedente directo del G7 y atendemos a los documentos de la propia organización de la cumbre de Rambouillet (alejando a la prensa lo máximo posible de las instalaciones), se confirma que estos encuentros más bien buscaban blindarse de la opinión pública.

#### Cambios en las relaciones europeas y transatlánticas

El G7 nace en los años setenta, una década en la que Europa se refuerza desde dentro y las relaciones transatlánticas sufren cambios importantes. Sin embargo, la dinámica tiene su origen a finales de los años sesenta, que supuso un cambio importante en la política exterior de Washington. El panorama ya no era tan favorable: EEUU perdía parte del poder internacional que ostentaba desde la Segunda Guerra Mundial. La Unión Soviética, que había llegado prácticamente a igualar la fuerza militar estadounidense, se mostraba dispuesta a reducir tensiones y entablar negociaciones. La confrontación Este-Oeste comenzaba a erosionarse y a

dar paso a un periodo de distensión, conocido por el término *détente*. El presidente Richard Nixon, por su parte, quiso dejar atrás la «era de confrontación» para comenzar la «era de la negociación» al objeto de contener la carrera armamentística.

La Comunidad Europea, a su vez, comenzó a adquirir una fuerza propia que ya no se mantenía incondicionalmente a las órdenes de Washington. Reino Unido seguía siendo un importante aliado, pero Londres cada vez miraba más hacia el continente, estrechando lazos con la RFA y distanciándose de EEUU. Por su parte, Francia ya había exigido un mayor papel en las relaciones internacionales desde De Gaulle y Pompidou siguió esa senda, aunque promovió de nuevo un tímido acercamiento a Washington, se mostró favorable a una segunda ampliación de la Comunidad Europea y abandonó la resistencia *gaullista* a la integración británica.

Europa, Japón y China, cada vez adquirían más protagonismo internacional. Aunque aún prevalecía el sistema bipolar URSS-EEUU, el mundo se movía hacia la multipolaridad. Europa aún dependía de la seguridad que garantizaba Washington, pero gracias a su creciente economía, exigía mayor independencia política.<sup>11</sup>

#### El auge económico alemán y su posición en política internacional

Las transformaciones en las relaciones transatlánticas y el fortalecimiento europeo no se entienden sin los profundos cambios que vivió la RFA en su política y economía y que la llevaron a marcar una agenda propia y alzar su voz en política internacional. Entre los dirigentes alemanes había crecido el malestar porque la llamada cuestión alemana se escapaba de su control y dependían políticamente del equilibrio entre las potencias. Aunque la RFA desde un punto de vista económico se situaba entre los países más fuertes del mundo, como describe Ulrich Lappenküper, «fuera de la esfera

financiera y económica seguía siendo un enano y dependía en materia de seguridad y política alemana incondicionalmente de la benevolencia de las potencias occidentales».<sup>12</sup>

Pero en la RFA algo estaba cambiando. En 1969 fue elegido canciller por primera vez un socialista, Willy Brandt, y un liberal de la FDP ocupaba la cartera de Exteriores: Walter Scheel. Desde un gobierno de coalición, ambos reforzaron la política alemana y la *Ostpolitik* iniciada en la legislatura anterior.<sup>13</sup> Al contrario del lema de «distensión a través de reunificación» de los anteriores cancilleres Adenauer y Erhard, Brandt había tomado el camino contrario: «reunificación a través de distensión». El reconocimiento del *statu quo* era el primer paso en un proceso diseñado para fomentar el contacto entre los bloques, con el fin de transformar y «abrir» los países del Pacto de Varsovia, para finalmente superar la división de Europa y lograr la reunificación alemana.<sup>14</sup> Como atractivo para iniciar y reforzar las nuevas relaciones, Willy Brandt usó la economía, aceptando un comercio desigual y favorable a la Unión Soviética, conocido como *Osthandel* [comercio con el Este]. El objetivo final era cooperación pacífica europea y la reunificación alemana.<sup>15</sup>

Mientras, desde el otro lado del Atlántico, Washington miraba con recelo el acercamiento al Este. El presidente Richard Nixon temía que la URSS pudiese aumentar su influencia sobre Europa Occidental, sobre todo con un canciller socialista.<sup>16</sup> Además, EEUU y la RFA ocuparon posturas enfrentadas debido a las «divergentes percepciones» sobre la Unión Soviética y a intereses nacionales: mientras el Gobierno de Brandt lograba acelerar las negociaciones de las cuatro potencias sobre Berlín y mejoraba las relaciones con los países del Pacto de Varsovia, las relaciones entre Washington y Moscú se estancaban.<sup>17</sup>

En mayo de 1974 fue elegido canciller el hasta entonces ministro de Finanzas socialis-

ta Helmut Schmidt. A diferencia de Brandt, su política internacional no se caracterizaba por la «visión de un orden pacífico europeo», sino por el «cálculo sobrio de los intereses alemanes y las necesidades militares», ya que «la seguridad solo podía ser conseguida a través de una economía floreciente y un equilibrio político-militar entre los bloques». <sup>18</sup> De esta manera, a través de acuerdos de cooperación y proyectos industriales, la RFA cambió su relación con la URSS y se convirtió en su principal socio comercial de Occidente. <sup>19</sup>

En cuanto a las relaciones transatlánticas, Schmidt cada vez miraba más hacia Europa y menos hacia EEUU. Según Matthias Schulz, el creciente compromiso del canciller frente a la integración europea se debía a varios factores: a la exposición del Mercado Común a crisis externas (aproximadamente dos tercios de la exportaciones alemanas iban al Mercado Común o países asociados, por lo que la prosperidad económica del país dependía directamente de su fortaleza), a la estrategia de fomentar el poder germano entre sus vecinos y su decepción ante el liderazgo americano. Finalmente, Schmidt se decantó por el proyecto europeo porque el marco transatlántico existente no era el «instrumento más efectivo» para defender los intereses de la RFA y Europa Occidental. <sup>20</sup>

La fortaleza económica alemana cada vez más se traducía en relevancia política. Bonn se rebelaba frente a Washington, ya no aceptaba dócilmente la hegemonía americana. Y la «rebelde» alemana se acentuó aún más durante la presidencia de Jimmy Carter (1977-1981), debido a las malas relaciones con el canciller.

Sin embargo, en materia de seguridad, Schmidt entendía que EEUU era un aliado «existencial», ya que permitía que Europa Occidental no sucumbiese a la presión soviética. <sup>21</sup>

Junto con estos cambios en las relaciones políticas, las profundas transformaciones de la economía mundial se encuentran en el origen

directo de la creación del G7. En los años setenta, a los dirigentes se les escapaba el control de la economía, cada vez más globalizada y entrelazada. El derrumbe del sistema monetario de Bretton Woods, el comienzo de una época de tasas flotantes, la crisis económica de Occidente y la crisis del petróleo serían los detonantes inmediatos de estas reuniones internacionales a máximo nivel. Las medidas que se tomaban en el ámbito nacional ya no eran suficientes para superar estos problemas, había que afrontarlos como retos comunes.

De hecho, el colapso monetario en 1971 fue uno de los principales motivos de la agenda de la primera reunión del G7. El sistema monetario creado en la conferencia de la ONU en Bretton Woods en 1944 era un importante elemento de cohesión en la alianza transatlántica. La fijación de un tipo de cambio estable basado en el dólar como moneda de referencia y sostenido en un patrón oro permitía la institucionalización de la cooperación financiera transatlántica. Además, la Guerra Fría también era una batalla económica y la estabilidad monetaria formaba parte de la seguridad transatlántica. Poseer una moneda dominante conlleva poder, el poder estructural para «moldear el ambiente en el que otros tienen que operar». <sup>22</sup> De hecho, las potencias monetarias más pequeñas, a menudo tienen que llevar a cabo políticas contrarias a su voluntad para adaptarse a las presiones externas. La manera en la que se organizan las relaciones monetarias estructura en gran medida las relaciones internacionales. Por ello, cuando el sistema monetario colapsó, las repercusiones fueron importantes para los aliados transatlánticos. <sup>23</sup>

El sistema monetario de Bretton Woods no solo había reforzado la cooperación transatlántica, sino que durante los años 50 y 60 parecía contribuir al crecimiento europeo basado en la exportación. EEUU, por su parte, se beneficiaba del poder internacional que suponía ser la indiscutible potencia monetaria. Sin embargo, pronto el sistema se giró contra la potencia: a

partir de 1958, el déficit de la balanza de pagos estadounidense era una señal de que el dólar podía estar sobrevalorado. Por precaución, países y entidades privadas se apresuraron a cambiar sus dólares por oro, mermando las reservas de EEUU. Los intentos para aliviar la situación fueron en vano. Se multiplicaron las crisis monetarias y la especulación financiera. Mientras Washington buscaba una solución transatlántica, los líderes europeos debatían la creación de una unión monetaria europea para asegurarse una mayor independencia.

Los debates se vieron interrumpidos cuando se reanudaron los ataques especulativos al dólar en 1971 y el estadounidense Richard Nixon zanjó la cuestión adoptando drásticas medidas unilaterales. Sin consultar a los aliados europeos, Nixon desvinculó el dólar del oro y devaluó la moneda, para abaratar las exportaciones y aliviar el desequilibrio comercial. El presidente impuso asimismo un arancel del 10% a todas las importaciones para obligar a los europeos a revalorizar sus monedas. La decisión de Nixon se debía a la «frustración» por el problema del dólar y la percepción de poca cooperación transatlántica junto con la desconfianza ante la integración europea. Pero la respuesta de Bruselas a la actitud americana fue precisamente avanzar en el camino a la unión monetaria, separándose de EEUU y profundizando en la integración europea, lo que aumentó la desconfianza en Washington.<sup>24, 25</sup>

Tanto para EEUU como para Europa, el futuro era completamente incierto. La flotabilidad de las monedas, la interdependencia descontrolada y la falta del patrón oro creaban una sensación de falta de control entre los políticos. Este sentimiento queda claramente reflejado en las conversaciones entre Nixon y sus asesores:

No quiero que el dólar esté de nuevo en una posición en la que, de nuevo, tenemos que comer nos el marrón. Por eso me preocupa el asunto de

la convertibilidad. Conozco los argumentos sobre el oro, pero la economía interna americana no puede ser constantemente rehén de las manipulaciones de la situación monetaria internacional. Tengo sentimientos encontrados. Desde el punto de vista de política internacional, preferiría ejercer el liderazgo y crear estabilidad y ver que nuestros amigos en el extranjero conocen las reglas del juego. Desde el punto de vista de política interna, preferiría que no fuéramos rehenes de estas cosas del extranjero. Por otro lado, odiaría verme aquí, ocho años de mandato, sin haber hecho nada por un sistema más estable. En otras palabras, puede que necesitemos un nuevo –¿cómo lo llaman? ¿Bretton Woods?

(...) Mierda, estamos fuera de peligro [literalmente: fuera de los bosques], pero estamos en la maldita barriada. Richard Nixon.<sup>26, 27</sup>

A lo largo de 1972 y principios de 1973, en palabras del entonces ministro de Economía de la RFA, Helmut Schmidt, se desarrolló «una actividad internacional casi frenética para evitar lo peor», con frecuentes reuniones con su homólogo francés Giscard d'Estaing y el director de la Oficina de Administración y Presupuesto George Shultz, así como su representante Paul Volcker. En Europa, pero también en Washington, crecía la sensación de que la única manera de apaciguar la errática economía monetaria era hacerlo de manera coordinada.<sup>28, 29</sup>

En uno de estos encuentros, en marzo de 1973, Giscard y Shultz discutieron «ruidosamente, pero sin rencor».<sup>30</sup> Schmidt tuvo que intervenir para calmarlos y finalmente lograron ponerse de acuerdo en un nuevo sistema monetario, con valores monetarios que fluctuaban y reflejaban las condiciones del mercado. «De esta reunión emergió una sensación entre nosotros de que los ministros de finanzas deberían reunirse de manera privada antes de que tuvieran lugar encuentros importantes. Así podíamos ordenar nuestros pensamientos, entendernos mejor y resolver desacuerdos de una manera directa, informal y confidencial».<sup>31</sup>

De esta manera, Schmidt, Giscard, el ministro británico de Hacienda Anthony Barber y Shultz acordaron reunirse en privado el domingo 25 de mayo de 1973 en Washington. Shultz recuerda en sus memorias que, cuando comentó esta idea al presidente Nixon, este sugirió: «Estaré fuera de la ciudad ese fin de semana. ¿Por qué no le das un toque de distinción a la reunión y la celebras en la Casa Blanca?». Fue así como se reunieron en la biblioteca de la Casa Blanca, donde debatieron en un ambiente relajado y confidencial.<sup>32</sup> Así nació lo que ellos mismos llamaron el *Library Group*, que a los pocos meses se convirtió en un primer G5, tras la propuesta estadounidense de incluir al japonés Takeo Fukuda.

El objetivo del «club» era vigilar la evolución del sistema monetario internacional «sin publicidad ni ruido» para no alarmar a los mercados. Durante mucho tiempo su existencia se mantuvo en secreto. Cuando no podían reunirse en persona, el principal intermediario era Paul Volcker, que podía disponer de un avión militar. Para mayor confidencialidad, una de las reuniones tuvo lugar en la propia casa de Giscard, donde sus hijos sirvieron la cena.<sup>33,34</sup>

Debido a que EEUU no saneaba su política monetaria y presupuestaria, a que no intervenía en el mercado de divisas y a que las demás potencias no estaban dispuestas a sobrevalorar su moneda ni a rescatar el dólar comprándolo masivamente, los miembros del *Library Group* decidieron en mayo de 1973 acogerse al sistema de tasas flotantes.

La estabilidad del sistema monetario establecido en Bretton Woods había llegado a su fin. El nuevo sistema de flotabilidad, potencialmente volátil e incontrolable, generaba una gran incertidumbre.

«Política monetaria (también) es política exterior», asegura Helmut Schmidt en sus memorias. Con la derogación del patrón oro y el fin de la convertibilidad directa del dólar estadounidense

«EEUU entregaba el liderazgo en política monetaria —y así prácticamente una parte de su liderazgo de facto de Occidente».<sup>35</sup>

#### La Comunidad Europea y las relaciones transatlánticas

Para Europa, el colapso del sistema de Bretton Woods supuso una importante amenaza económica. Era imposible mantener intercambios estables en el Mercado Común con precios y monedas flotantes, por lo que era necesario limitar los cambios entre los europeos y «flotar juntos frente al exterior».<sup>36</sup> La especulación tiraba las monedas fuertes hacia arriba (marco alemán, florín holandés) y empujaba las monedas más débiles hacia abajo (franco belga, lira italiana y, a veces, franco francés). Los países europeos se volcaron entonces en la creación de un sistema que redujera las fluctuaciones entre sus propias divisas.

Así nació, en marzo de 1972, la denominada «serpiente», un acuerdo monetario para mantener relaciones estables entre sus divisas. De esta manera, las monedas de la Comunidad preservaban tipos de cambios fijos con un cierto margen de fluctuación, a la vez que se establecía un tipo de cambio flexible con las monedas del exterior. Para mantener entre ellas el margen permitido, las monedas se movían como una serpiente en sistema monetario internacional, lo que dio lugar al nombre del acuerdo.

La serpiente tuvo una vida corta debido a los problemas económicos de los participantes y las grandes diferencias entre sus monedas. Fracasó definitivamente en 1978 para dar paso al Sistema Monetario Europeo (SME).

La reacción inicial de la Comunidad a las crisis de petróleo y del sistema monetario fue de debilidad. Reinaba la desconfianza mutua e intereses contrapuestos. No fue hasta 1974, con la muerte de Pompidou y la salida de Brandt de la cancillería, que se presentó la posibilidad de reforzar las relaciones dentro de la Comunidad.<sup>37</sup>

Por su parte, las relaciones entre Europa y EEUU habían sufrido una crisis importante debido a la guerra de Yom Kipur en 1973. Sin embargo, la crisis transatlántica también se superó en gran parte gracias al relevo de líderes al frente de las potencias (Nixon, Heath, Pompidou y Brandt fueron sustituidos por los más atlantistas y pragmáticos Ford, Wilson, Giscard y Schmidt) y a la crisis del petróleo. Estos factores, junto a la adhesión británica a la CE en 1973, reforzaron la alianza de la Comunidad con EEUU.<sup>38</sup> Los avances del proyecto europeo se frenaron nuevamente en 1975 debido a los desacuerdos entre los propios miembros sobre el modelo a seguir, a la vez que mejoraron considerablemente las relaciones transatlánticas. Gerald Ford veía con preocupación cómo Europa cada vez era más fuerte e independiente de Washington y cambió la estrategia de su predecesor: adoptó una política más «positiva», en la que defendía una Europa unida y fuerte dentro de la alianza transatlántica.<sup>39</sup>

El proceso de integración europeo no significó un frente común en las relaciones transatlánticas. Al contrario, la creciente institucionalización en Bruselas reforzó la necesidad de contactos bilaterales, opción preferida por Washington. Muy claro lo había dejado Nixon cuando dijo que tenían que trabajar con los líderes de Gobierno en los distintos países y no con el «imbécil» al frente a la Comisión Europea en Bruselas.<sup>40</sup>

Schmidt y Giscard reforzaron la cooperación germano-francesa, pero no dieron un mayor impulso a la integración europea. Esto puede deberse, tal como defienden numerosos investigadores (Matthias Schulz, Thomas A. Schwartz, entre otros), a las buenas relaciones con EEUU bajo la administración Ford. Según estos estudios, la integración europea avanza en momentos de tensión transatlántica para hacer frente a la hegemonía americana.

La buena sintonía entre las potencias eu-

ropeas y EEUU permitió, además, una mayor cooperación en la Guerra Fría, que se reflejó claramente en la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), que se desarrolló en Helsinki entre 1973 y 1975. La Conferencia, destacó por el reconocimiento de las incorporaciones territoriales soviéticas en Europa del Este, el respaldo a la defensa de los derechos humanos y, además, este acercamiento permitió la cooperación más estrecha en el abordaje de las transiciones políticas en el sur de Europa.<sup>41</sup> Sin embargo, como señala Schmidt en sus memorias, también supuso una confirmación para Brézhnev de que la URSS tenía el mismo rango que EEUU al legitimarse su hegemonía en el bloque oriental.<sup>42</sup>

#### La necesidad de una primera reunión

Los temores económicos y las buenas relaciones entre Ford, Schmidt y Giscard, fomentaron un nuevo núcleo de poder en Occidente, cuyo máximo exponente sería el G7.

Las crisis del petróleo lastraban la economía de Occidente. Aunque parte de los altos cargos en Washington contemplaban la posibilidad de un enfrentamiento con los países de la OPEP, en general los europeos preferían alcanzar un acuerdo y evitar agravar la crisis existente, puesto que dependían en gran medida de sus suministros de crudo.<sup>43</sup>

A Giscard y Schmidt les preocupaba que la crisis de petróleo fuera la antesala de una depresión mundial, debido a las políticas proteccionistas que pudieran tomar los diferentes gobiernos para paliar los problemas nacionales: Reino Unido sufría una tasa de inflación superior al 25%, problemas fiscales y huelgas; Japón e Italia temían por su excesiva dependencia al petróleo exterior; y en EEUU, ciudades como Nueva York estaban al borde de la bancarrota.<sup>44</sup>

En Estados Unidos, altas tasas de inflación habían provocado el ahorro de los inversores,



lo que a su vez llevó a un aumento del desempleo y recesión. Aunque en los primeros meses de 1975 la inflación había bajado al 5-6% y el desempleo se mantenía en torno al 9%. El déficit estadounidense se situaba en 60 mil millones dólares.<sup>45</sup>

El desempleo aumentaba en Reino Unido, Francia y Alemania. Según Schmidt, esto se debía a la volatilidad de las tasas flotantes, que los financieros aprovechaban para ganar beneficios con la compraventa de marcos, francos y dólares. La incertidumbre que generaba la flotabilidad podía afectar la estabilidad política. De hecho, el canciller aseguraba que los consejos de las grandes empresas eran tan escépticas ante la situación económica que no invertían, por lo que el desempleo se mantenía bajo, al igual que los consumidores ahorran y se alejaban de las inversiones.<sup>46</sup> Alemania, la gran potencia exportadora de Europa (un 23% de su BNP) había perdido un 16% de sus exportaciones y su déficit se situaba en unos 60 mil millones de marcos alemanes.<sup>47</sup>

La situación económica de Italia y Reino Unido preocupaba a las potencias occidentales. El caso italiano era el más grave: además de los profundos déficits presupuestarios y el descenso de la tasa de cambio, Roma ya no conseguía préstamos privados extranjeros. Existía un serio peligro de que colapsara su economía. Reino Unido, aunque gastaba más de lo que producía, aún no había llegado a tal extremo y mantenía una cierta estabilidad. El interés de sus aliados en ayudar a estos países no era un ejercicio de altruismo. La inestabilidad les afectaba y, en concreto, a Francia le afectaba mucho el deterioro de la lira y la libra esterlina.<sup>48</sup> En Italia, además, la situación política era muy delicada y a sus socios europeos les preocupaba la entrada de los comunistas en el gobierno.

#### Antecedentes institucionales del G7

El término «cumbre» (*summit*), en su acep-

ción como reunión a máximo nivel, fue acuñada por Winston Churchill. En un discurso de 1950, el primer ministro británico propuso «otra conversación con la Unión Soviética a máximo nivel» y añadió que «una discusión en la cumbre» no podría empeorar las cosas. El historiador británico David Reynolds aventura que la «fascinación pública» por la primera ascensión al Everest en 1953 contribuyó a popularizar el término.<sup>49</sup>

Sin embargo, los encuentros de jefes de Estado y de Gobierno no eran una novedad. David Reynolds recuerda que este tipo de reuniones ya existían en el Imperio Romano y durante el medievo. Con la «revolución diplomática» del siglo XVI y, especialmente tras las Guerras Napoleónicas, los profesionales de la diplomacia se encargaron de las relaciones entre los Estados. Sin embargo, los nuevos instrumentos de comunicación y transporte del siglo XIX facilitaron de nuevo la conversación directa entre los líderes. Esta práctica se reforzó en la Conferencia de París en 1919, cuando quedó en evidencia la «diplomacia antigua» por «no haber logrado evitar» la Gran Guerra. En palabras del historiador británico, se impuso «el pensamiento generalizado de que la diplomacia era demasiado importante para dejarla en manos de los diplomáticos». Sin embargo, la primera «cumbre moderna» la sitúa en 1938, en la visita de Chamberlain a Hitler, porque decidió «pasar por encima de los diplomáticos y sus enredadas negociaciones» y voló hacia Berghof, en los Alpes bávaros, la segunda residencia del dictador alemán. El investigador británico destaca la importancia de la generalización de la aviación, las armas nucleares y la televisión para el desarrollo de las cumbres a partir de los años 50.<sup>50</sup> En esta misma línea se manifiesta Piers Ludlow, para quien la «era de las cumbres» se debe en gran parte a los nuevos medios de transporte. Estas reuniones contribuían a la tendencia que ya había de mayor centralización de poder, que

se reflejaba en la presidencialización de la política exterior desde los años setenta.<sup>51</sup>

Pero no fueron solo la capacidad logística y la voluntad de evitar trabas burocráticas las que propiciaron el nacimiento de las cumbres del G7, sino, sobre todo, un intento de controlar políticamente una compleja y entrelazada realidad económica, tarea que resultaba imposible a través de las instituciones existentes. El G7 fue la expresión y parte de un proceso globalizador que se intensificaba.<sup>52</sup>

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no daba respuestas a los desafíos económicos. Además, en el seno de la ONU las potencias que perdieron la Segunda Guerra Mundial (Japón, Italia, Alemania) no tenían un papel acorde con el poder político y económico que ostentaban en los años setenta. La OTAN tampoco era el foro adecuado, puesto que se centraba en defensa, y De Gaulle había retirado a Francia de la estructura militar. Las instituciones económicas y financieras más importantes, por su parte, tampoco habían sido capaces de paliar la crisis económica. El Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), firmado en 1947 para liberalizar intercambios comerciales, había entrado en crisis en los años 70 debido a una fuerte reducción de aranceles que llevó a políticas proteccionistas en Europa y EEUU. Finalmente, la OCDE reunía más a los ministros que a los jefes de Gobierno.

Los encuentros del G7 nacieron en una situación económica compleja, en la que las organizaciones internacionales existentes no ofrecían respuestas suficientes ante una crisis monetaria y financiera mundial. La burocratización de las relaciones internacionales había provocado la necesidad de un foro para revisar la política internacional en el marco económico mundial. Había que establecer un liderazgo y dirección a la política internacional sin las trabas y vetos que frenaban las acciones a través de las organizaciones internacionales. Mediante un tra-

to directo, los líderes podían tratar los asuntos económicos en su «totalidad» —al contrario que los especialistas en áreas concretas— y tenían la autoridad política para hacer frente a las trabas burocráticas.

Rambouillet, noviembre 1974: la primera cumbre

*Queremos un encuentro privado e informal de quienes realmente importan en el mundo.*

Helmut Schmidt<sup>53</sup>

El diseño del G7 surgió de la amistad y el deseo de cooperación de dos personajes que parecían antagonistas: el presidente centroderechista francés Valéry Giscard d'Estaing y el canciller socialista alemán Helmut Schmidt. Aunque las fuentes se dividen a la hora de atribuirle más o menos mérito a estos dirigentes, todos coinciden en que su trabajo en equipo a principios de los años setenta como ministros de finanzas fue clave para la creación de las cumbres.<sup>54</sup> Más que debatir sobre quién de los dos tuvo más peso, esta investigación entiende que lo verdaderamente relevante es que ambos se necesitaron, que la unión de estos dos líderes al frente de dos importantes potencias europeas, su afinidad personal y su formación económica fueron los elementos clave para que se ideara y celebrara la primera reunión.

Según el Ministerio de Asuntos Exteriores británico (FCO, por sus siglas en inglés), los orígenes de esta reunión son «mixtas», aunque el mérito de su concepción fuera atribuido a Giscard.<sup>55</sup> El FCO sostiene que el presidente francés fue el primero en poner sobre la mesa la idea de una cumbre monetaria para hablar sobre los tipos de cambio en una entrevista con el grupo de medios de comunicación Hearst el 9 de julio de 1975. Los dirigentes estadounidenses acogieron la idea con escepticismo. En general, los altos cargos estadounidenses preferían que los asuntos económicos se continuaran tratando a través de los canales

habituales, como ministros y reuniones informales.<sup>56</sup> Es bastante probable que, entre otros aspectos, les preocupara que su presidente no estuviera a la altura de Giscard y Schmidt —ambos economistas de formación— para llevar a cabo discusiones económicas y monetarias. De hecho, 32 años más tarde, el canciller explicaba que él mismo y Giscard habían «inventado» este tipo de cumbres y que no fue «nada fácil» convencer a los americanos y a los británicos.<sup>57</sup>

El proyecto finalmente tomó forma en un almuerzo al que atendieron Ford, Giscard, Schmidt y Wilson el 31 de julio de 1975 en Helsinki durante la CSCE. El presidente francés y el canciller alemán propusieron la celebración de una cumbre de las potencias industriales democráticas, una «especie de continuación del *Library Group* a mayor nivel». <sup>58</sup> Para evitar que «cayera en manos de burócratas», sería preparado por delegados personales, los *sherpas*. Ya desde el inicio, acordaron la participación de Japón, defendida por el canciller para que Alemania no fuese el único país vencido en la Segunda Guerra Mundial.<sup>59</sup> A pesar del ambiente informal que describen de Helsinki, Giscard y Schmidt habían preparado la propuesta con anterioridad y precisión. A través de la prensa y altos cargos, ambos líderes se aseguraron de que los futuros asistentes se enteraran de que en la conferencia CSCE sería donde se les presentaría un plan para reunir a todos los jefes de gobierno de países industrializados para tratar asuntos económicos y monetarios.<sup>60,61</sup>

El siguiente paso sería especificar quiénes participarían en la cumbre. Los criterios de admisión para este selecto grupo son fruto de disputas que persisten hasta la actualidad. Desde el principio había un consenso muy claro sobre la participación de EEUU, Francia, Reino Unido, Alemania y Japón.

Sin embargo, los dirigentes dudaban sobre la participación de Italia a la cumbre.<sup>62</sup> El ministro

de Asuntos Exteriores italiano, Mariano Rumor, defendió la integración de Italia ante su homólogo alemán Hans-Dietrich Genscher. El gobierno italiano veía un doble peligro en su exclusión del encuentro: se crearía un directorio mundial para cuestiones financieras y dentro de la Comunidad Europea un directorio a tres sin Italia, lo que también tendría consecuencias negativas en política interior.<sup>63</sup>

Finalmente, Italia fue invitada a formar parte del grupo en octubre de 1975. No obstante, esta decisión no fue ni por su insistencia ni por lo que pudiera contribuir a la cumbre, sino por las posibles consecuencias políticas de una exclusión, que podría afectar al liderazgo democristiano italiano y reforzar la oposición comunista dentro del país, lo que se percibía como un peligro para la OTAN.<sup>64</sup> Los comunistas italianos habían demostrado ser buenos gestores al desligarse de Moscú para ser más atractivos políticamente.<sup>65</sup> La invitación de Italia, por lo tanto, fue una decisión estratégica para asegurar su permanencia en el bando occidental de la Guerra Fría. Es importante señalar que Italia fue incluida al G7 específicamente como país y no como representante del Consejo Europeo —cargo que ostentaba de manera rotatoria—, para evitar un incómodo precedente.<sup>66</sup>

La segunda polémica la protagonizó Canadá, aceptada por todos los miembros, salvo por Francia. El veto francés supuso el primer gran conflicto interno del G7, hasta el punto de que el presidente estadounidense Ford le escribió a Giscard señalando que sin la presencia de Canadá no participaría en reuniones similares en el futuro.<sup>67</sup> Los diplomáticos británicos vieron una «victoria psicológica» de Giscard en el hecho de que la reunión saliera adelante puesto que Estados Unidos consideró que la cumbre era lo suficientemente importante para no verla solo por la ausencia de Canadá.<sup>68</sup> Al año siguiente, el anfitrión de los encuentros fue Estados Unidos, que invitó a Canadá y esta participación se mantiene hasta la actualidad.

Otros países industrializados criticaron su exclusión. De hecho, a lo largo de las cumbres los Siete han recibido grandes presiones para incorporar a nuevos miembros, sobre todo por parte de los países más pequeños de la Comunidad como Bélgica, Países Bajos o Dinamarca —que pedían una participación comunitaria plena en el G7—, pero también por parte de Japón, que quiso invitar a Australia para reforzar la representación del Pacífico.<sup>69</sup> Estas presiones persisten hasta la actualidad y en numerosas ocasiones estuvieron a punto de lograr sus resultados.<sup>70</sup> No obstante, solo se ha permitido una representación limitada de la Comunidad Europea y la participación de Rusia entre 1998 y 2014.

Faltaba decidir el lugar. Una vez decidido a participar, Ford quería organizar la cumbre para evitar las voces críticas que reprochaban que se ausentaba en exceso de Washington. No obstante, aunque Wilson estaba dispuesto, a Schmidt no le parecía buena idea y Giscard se oponía tajantemente.<sup>71</sup>

La cumbre se celebró finalmente los días 15 a 17 de noviembre de 1975 en Francia, en el palacio de Rambouillet con Giscard como anfitrión. Uno de los aspectos más diferenciadores del G7 desde esta primera cumbre es sin duda el protagonismo personal de los líderes, facilitado por el carácter informal de las cumbres. El deseo de que los encuentros quedaran exentos del corsé institucional de otros organismos internacionales quedó claro desde 1975, cuando Giscard quiso prescindir de comunicados e incluso privó a los secretarios y mecanógrafos de material esencial, como escritorios y auriculares para el equipo de traducción.<sup>72 73</sup>

Para asegurar la intimidad de los líderes, el presidente francés mantuvo alejados a los ministros, a quienes alojó fuera de Rambouillet. Los estadounidenses recelaban del formato, preferían reuniones más periódicas, con la presencia de asesores y medios de comunicación.<sup>74</sup>

Sea por el contacto directo o por la ausencia de prensa y formalismos, las fuentes coinciden en que, durante las preguntas y respuestas que surgían tras la exposición de cada asunto, había «bastante franqueza».<sup>75</sup>

Con el tiempo, los encuentros del G7 han ido perdiendo parte de su carácter informal y ganando en protocolo y presencia mediática. Sin embargo, lo que Giscard d'Estaing denominó el «espíritu de Rambouillet» persiste en la primera cena del encuentro, en la que los líderes tienen la oportunidad de conversar entre ellos, solos y sin ceremonia.

### Conclusiones

La clave del *dilema de la cumbre* es que intentará proyectar públicamente que los líderes occidentales son capaces de gestionar problemas actuales en un momento en el que no entienden completamente la naturaleza de los nuevos tipos de problemas a los que se enfrentan.<sup>76</sup>

Robert Hormats<sup>77</sup>

El G7 fue producto de una situación económica y política compleja de la Guerra Fría. El mundo occidental sufrió durante los años setenta varias crisis económicas y monetarias que se escapaban del control de la política nacional. La flotabilidad de las monedas, la interdependencia descontrolada y la falta del patrón oro creaban una sensación de incertidumbre entre los políticos.

Esta situación obligó a una revisión de las relaciones internacionales, que se encontraban institucionalizadas en una compleja red de organismos conducidos por diplomáticos y funcionarios especializados. Los líderes políticos querían obtener un mayor control sobre la economía internacional, cada vez más globalizada y entrelazada. Con reuniones al máximo nivel burlaban la burocratización de las relaciones internacionales.

La fundación del G7 en 1975 escenifica, ade-

más, el cambio en la balanza de poder: el auge económico de Europa y Japón situó a estos países en una situación de fuerza y mermó la hegemonía estadounidense. La política internacional carecía de un liderazgo claro. Las cumbres del G7 fueron fruto de las buenas relaciones transatlánticas y supusieron la aceptación por parte de Ford de la necesidad de coordinar la política económica internacional con otras potencias industriales, a diferencia de las decisiones unilaterales de Nixon. Esto significó una importante concesión a los europeos, así como un incentivo para compartir el liderazgo económico mundial.<sup>78</sup>

Ya solo por su existencia, el G7 supuso el reconocimiento de las principales potencias del mundo de la necesidad de un sistema multilateral frente a las tradicionales relaciones bilaterales. Estas cumbres también reflejan la unión de las potencias de Occidente para afrontar problemas comunes con una estrategia conjunta:

La economía mundial es nuestro destino. Solo puede ser dirigida de manera conjunta. Por eso fundamos (...) el *Library Group* (...) y las cumbres económicas mundiales.<sup>79,80</sup>

Helmut Schmidt

No obstante, aunque EEUU renunciaba a parte de su liderazgo mundial, seguía marcando los pasos, y los demás lo aceptaban.<sup>81</sup> Más adelante, sobre todo con la llegada de Carter a la Casa Blanca, se fueron erosionando tanto la unión como el entendimiento.

Pero el G7 no solo es fruto de una circunstancia económica, sino también de la iniciativa y sintonía entre dos hombres con una sólida formación económica: Valéry Giscard d'Estaing y Helmut Schmidt. Ambos trabajaron juntos como ministros de Economía Finanzas y se percataron de la necesidad de coordinar sus políticas ante la crisis del desmoronamiento del sistema monetario de Bretton Woods. Poco más tarde, elegidos respectivamente presiden-

te y canciller, concretaron la idea de una cooperación estrecha a máximo nivel para afrontar los nuevos retos comunes de la economía de Occidente.

La primera cumbre tuvo, sin duda, también la intención de crear una imagen de cohesión frente a los inversores, la OPEP y la URSS. Mientras que para Giscard, un motivo importante para celebrar una cumbre entre líderes era reforzar el papel de los estados-nación, un directorio de potencias occidentales, al canciller Schmidt le preocupaba más tranquilizar a los mercados internacionales que el rol de los estados. Para Schmidt, se trataba también de dar una imagen de control y confianza.<sup>82</sup>

Si tiene lugar una conferencia este año, no debemos esperar demasiados resultados. Si logramos crear la impresión de que tenemos la intención de trabajar juntos y coordinar nuestras políticas, será suficiente.<sup>83,84</sup>

Helmut Schmidt

Antes de la primera reunión del G7, el presidente Gerald Ford también era muy consciente del beneficio político que podía tener la cumbre en el contexto de la Guerra Fría. Sabía que la imagen de cooperación entre los líderes occidentales podía servir de ventaja frente a la OPEP y la URSS.<sup>85</sup>

Sin embargo, aunque la imagen era, sin duda, importante, más que ser el objetivo principal, esta investigación defiende que el motivo de la creación era una respuesta pragmática a un problema concreto, a una situación compleja y entrelazada que no se podía solucionar a través de los canales tradicionales (diplomacia, instituciones internacionales, encuentros bilaterales). Por esta razón se creó un foro íntimo y ágil que permitía discutir libremente, a puerta cerrada y sin formalismos. La imagen de unidad que se proyectaba por el mero hecho de reunirse era una circunstancia que se aprovechaba más que un fin en sí mismo.

## ARCHIVO

- Archives Nationales Pierrefite-sur-seine (AN).  
 Akten zur Auswärtigen Politik der Bundesrepublik  
 Deutschlands (AAPD).  
 Margaret Thatcher Foundation.  
 National Archives and Records Administration  
 (NARA).

## BIBLIOGRAFÍA

- BAYNE, Nicholas. «The foundations of summitry», en MOURLON-DRUOL, Emmanuel y Federico ROMERO. *International Summitry and Global Governance. The rise of the G7 and the European Council, 1974-1991*. Routledge, Nueva York, 2014. 23-38.
- BENNING, Elizabeth. «International Summitry and Global Governance», en MOURLON-DRUOL, EMMANUEL y FEDERICO ROMERO. *The Road to Rambouillet*. Routledge, Nueva York 2014, pp. 39-59.
- BÖHM, Enrico, *Die Sicherheit des Westens. Entstehung und Funktion der G7-Gipfel (1975-1981)*. Oldenburg, Múnich, 2014.
- BORTOLI, Georges, *La cours des grands. Les coulisses des sommets*. Perrin, París, 1991.
- «Die Weltwirtschaft ist unser Schicksal», *Die Zeit* 25 febrero 1983.
- GISCARD D'ESTAING, Valéry, *Le pouvoir et la vie I*. Le Livre de Poche, París, 1988.
- HIEPEL, Claudia, Rezension zu: Böhm, Enrico: *Die Sicherheit des Westens. Entstehung und Funktion der G7-Gipfel (1975-1981)*. München 2013, en H-Soz-Kult, 22.01.2015, <[www.hsozkult.de/publicationreview/id/rezbuecher-21337](http://www.hsozkult.de/publicationreview/id/rezbuecher-21337)>.
- JAMES, Harold, *Rambouillet, 15. November 1975. Die Globalisierung der Wirtschaft*. Deutscher Taschenbuchverlag, Múnich, 1997.
- KIRTON, John. «Explaining G8 effectiveness: A concert of vulnerable equals in a globalizing world», *International Studies Association* (2004), pp. 2-35.
- KIRTON, John J., DANIELS, Joseph. «The Role of the G8 in de New Millennium», en HODGES, Michael R. y John J.: DANIELS, Joseph KIRTON. *The G8 and Global Governance Series*. Ashgate Press, 1999, pp. 3-18.
- KOKOTSIS, Ella and Joseph P. DANIELS. «G8 Summits and Compliance», en HODGES, MICHAEL R., J. KIRTON, John y DANIELS, Joseph. *The G8's Role in the New Millenium*. Ashgate Press, Aldershot 1999, pp. 74-91.
- LAPPENKÜPER, Ulrich. *Die Aussenpolitik der Bundesrepublik Deutschland 1949 bis 1990*. Oldenbourg Verlag, Múnich, 2008.
- LAPPENKÜPPER, Ulrich. «Rezension von: Enrico Böhm: *Die Sicherheit des Westens. Entstehung und Funktion der G7-Gipfel (1975-1981)*», Oldenbourg, Múnich. 2014, en: *Sehepunkte* 14 (2014), n.º 2 [15.02.2014], URL: <http://www.sehepunkte.de/2014/02/24289.html>
- LEFFLER, Melvyn. *For the Soul of Mankind: The United States, the Soviet Union, and the Cold War*. Macmillan, 2008.
- LEMUS LÓPEZ, Encarnación. *Estados Unidos y la Transición española: Entre la Revolución de los Claveles y la Marcha Verde*. Sílex, Madrid, 2011.
- LIPPERT, Werner D., «The Economics of Ostpolitik: West Germany, the United States, and the Gas Pipeline Deal», en SCHULZ, Matthias y SCHWARTZ, *The Strained Alliance. U.S. - European Relations from Nixon to Carter*. Cambridge University Press, Nueva York, 2010, pp. 65-82.
- LUDLOW, Piers. «Creating the expectation of a collective response: the impact of summitry on transatlantic relations», en MOURLON-DRUOL, Emmanuel y Federico ROMERO. *International Summitry and Global Governance. The rise of the G7 and the European Council, 1974-1991*. Routledge, Nueva York, 2014, pp. 138-149.
- MOURLON-DRUOL, Emmanuel y Federico ROMERO. *International Summitry and Global Governance. The rise of the G7 and the European Council, 1974-1991*. Routledge, Nueva York, 2014.
- NIEDHART, Gottfried. «U.S. Détente and West German Ostpolitik», en SCHULZ, Matthias y SCHWARTZ, *The Strained Alliance. U.S. - European Relations from Nixon to Carter*. Cambridge University Press, Nueva York, 2010., pp. 23-44.
- REYNOLDS, David. «Twentieth century summitry and the G7 process», en MOURLON-DRUOL, Emmanuel y Federico ROMERO. *International Summitry and Global Governance. The rise of the G7 and the European Council, 1974-1991*. Routledge, Nueva York, 2014, pp. 11-22.
- SCHAEFER, Bernd. «The Nixon Administration and West German Ostpolitik, 1969-1973», en SCHULZ, Matthias y SCHWARTZ, *The Strained Alliance. U.S.-European Relations from Nixon to Carter*. Cambridge University Press, Nueva York, 2010, pp.

- 45-64.
- SCHMIDT, Helmut. *Menschen und Mächte*. Sieger, Berlín, 1987.
- SCHULZ, Matthias y SCHWARTZ, Thomas A.. «The Superpower and the Union in the Making», en SCHULZ, Matthias y SCHWARTZ, Thomas A.. *The Strained Alliance. U.S.-European Relations from Nixon to Carter*. Cambridge University Press, Nueva York, 2010, pp. 355-373.
- SCHULZ, Matthias. «The Reluctant European», en SCHULZ, Matthias y Thomas A. SCHWARTZ. *The Strained Alliance. U.S.-European Relations from Nixon to Carter*. Cambridge University Press, Nueva York, 2010, pp. 279-307.
- SHULTZ, George P. *Turmoil and Triumph. My Years as Secretary of State*. Scribner's, Nueva York, 1993.
- SPOHR, Kristina. *Helmut Schmidt. Der Weltkanzler*. Theiss, Darmstadt, 2016.
- ZIMMERMANN, Hubert. «Unraveling the Ties that Really Bind. The Dissolution of the Transatlantic Monetary Order and the European Monetary Cooperation, 1965-1973», en SCHULZ, Matthias y Thomas A. SCHWARTZ. *The Strained Alliance. U.S.-European Relations from Nixon to Carter*. Cambridge University Press, Nueva York, 2010, pp. 125-144.
- que para él se trataba de una búsqueda «sensata» de soluciones a problemas, a lo que Böhm no le da importancia porque aventura que estaría mal visto que un político reconozca que utiliza los medios públicos de manera consciente. Böhm, 2014, pp. 330-331.
- <sup>10</sup> Otros historiadores han subrayado la contradicción de Böhm (Hiepel, Lappenküpper).
- <sup>11</sup> Schultz y Schwartz, pp. 355-373.
- <sup>12</sup> Lappenküpper, 2008, p. 16.
- <sup>13</sup> *Ostpolitik* significa «política del Este», ya que la palabra alemana *Ost* hace referencia al Este y no al Oeste, como podría llevar a suponer este falso amigo lingüístico.
- <sup>14</sup> Niedhart, 2010, pp. 41-42.
- <sup>15</sup> Lippert, 2010, pp. 65-69.
- <sup>16</sup> Schaefer, 2010, pp. 58-59.
- <sup>17</sup> Niedhart, 2010, pp. 27-31.
- <sup>18</sup> Lappenküpper, 2008, 33.
- <sup>19</sup> Lappenküpper, 2008, 34.
- <sup>20</sup> Shulz, 2010, pp. 280-281.
- <sup>21</sup> Schmidt, 1987, pp. 154-155.
- <sup>22</sup> Zimmermann, 2010, pp. 125-126.
- <sup>23</sup> Zimmermann, 2010, p. 126.
- <sup>24</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, p. 16. Conversation Among President Nixon, the Chairman of the Federal Reserve System Board of Governors (Burns), the Director of the Office of Management and Budget (Ash), the Chairman of the Council of Economic Advisers (Stein), Secretary of the Treasury Shultz, and the Under Secretary of the Treasury for Monetary Affairs (Volcker), Washington, 3 de marzo de 1973. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d16> (consultado a 28 de diciembre de 2018).
- <sup>25</sup> Zimmermann, 2010, pp. 135-139.
- <sup>26</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 16. Conversation Among President Nixon, the Chairman of the Federal Reserve System Board of Governors (Burns), the Director of the Office of Management and Budget (Ash), the Chairman of the Council of Economic Advisers (Stein), Secretary of the Treasury Shultz, and the Under Secretary of the Treasury for Monetary Affairs (Volcker), Washington, 3 de marzo de 1973. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d16> (consultado a 28 de diciembre de 2018).

## NOTAS

- <sup>1</sup> Como el G7 no es una institución, se han consultado fuentes de archivo de varios países miembros, así como memorias de los asistentes, entrevistas y prensa histórica.
- <sup>2</sup> Bayne, 2017, p. 24.
- <sup>3</sup> Ver modelos de *American Leadership* de Putnam y Bayne en 1984/7, *Global Governance* de Wallace de 1984 y Kirton en 1989, *False New Consensus* de Bergsten and Henning 1996, *Democratic Institutionalism* de Ikenberry en 1993 y Kokotsis 1998 (J. J. Kirton 5).
- <sup>4</sup> Kirton, 2004, pp. 27-28.
- <sup>5</sup> Kokotsis y Daniels, 1999.
- <sup>6</sup> Traducción de la autora: «La seguridad de Occidente. Creación y funciones de las cumbres del G7».
- <sup>7</sup> Böhm, 2014, pp. 18, 19.
- <sup>8</sup> Böhm, 2014, pp. 43, 329, 272.
- <sup>9</sup> Böhm es consciente de esta contradicción y refleja que, en una conversación telefónica con Schmidt, el canciller negó rotundamente el carácter legitimador que le atribuye el investigador. Schmidt añadió

- <sup>28</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 17. Conversation Among President Nixon, the President's Assistant for National Security Affairs (Kissinger), and Secretary of the Treasury Shultz, Washington, 3 de marzo de 1973. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d17> (consultado el 27 de diciembre de 2018).
- <sup>29</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 18. Message From President Nixon to West German Chancellor Brandt, Washington, 3 de marzo de 1973. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d18> (consultado a 27 de diciembre de 2018).
- <sup>30</sup> Shulz, 1993, pp. 147-148.
- <sup>31</sup> Shulz, 1993, pp. 147-148.
- <sup>32</sup> Shulz, 1993, p. 148.
- <sup>33</sup> Schmidt, 1987, p. 193.
- <sup>34</sup> Giscard, 1988, pp. 127-128.
- <sup>35</sup> Schmidt, 1987, p. 196.
- <sup>36</sup> Giscard, 1988, p. 140.
- <sup>37</sup> Lappenküpper, 2008, p. 33.
- <sup>38</sup> Schulz y Schwarz, 2010, p. 364.
- <sup>39</sup> Schulz, 2010, p. 289.
- <sup>40</sup> Schulz y Schwartz, 2010, p. 363.
- <sup>41</sup> Lemus López, 2011, pp. 19-76.
- <sup>42</sup> Schmidt, 1987, p. 62.
- <sup>43</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 95. Memorandum by West German Chancellor Schmidt, Bonn, s.f. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d95> (consultado a 30 de diciembre de 2018).
- <sup>44</sup> Schmidt, 1987, p. 218.
- <sup>45</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).
- <sup>46</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).
- <sup>47</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).
- <sup>48</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, VOLUME XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 135. Memorandum of Conversation, Washington, 6 de abril de 1976. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d135> (visitado a 05/08/18)
- <sup>49</sup> Reynolds, 2014, p. 12.
- <sup>50</sup> Reynolds, 2014, pp. 12-18.
- <sup>51</sup> Ludlow, 2014, pp. 146-148.
- <sup>52</sup> Böhm, 2014, p. 14.
- <sup>53</sup> Cita recogida en: Putnam, R.; Bayne, N.: *Hanging Together: Cooperation and Conflict in the Seven-Power Summits*, Sage, Londres, 1987, p. 29.
- <sup>54</sup> Mientras Robert D. Putnam, Nicholas Bayne y Harold James, entre otros, le atribuyen la creación del G7 a Giscard; Elizabeth Benning sostiene que el papel de Schmidt fue imprescindible al hacer de puente entre París, Londres y Washington (Benning 57-58) y Kristina Spohr lo describe como el «arquitecto más importante» del G7 (Spohr 16).
- <sup>55</sup> FCO, Margaret Thatcher Foundation, PREM 16/838, *The Economic Summit Conference at Rambouillet*, 12 de febrero de 1976, Londres.
- <sup>56</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 93. Memorandum From Secretary of the Treasury Simon to President Ford, Washington, a 26 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d93> (consultado a 28 de diciembre de 2018).
- <sup>57</sup> DIEKMANN, K.; Vehlewald, H-J., «Der G8-Gipfel ist nur noch ein Spektakel», *Bild*, 03-06-2007, enlace: <http://www.bild.de/news/2007/ex-bundeskanzler-interview-1936410.bild.html> (consultado a 12/02/2017).
- <sup>58</sup> Schmidt, 1987, p. 213.
- <sup>59</sup> Schmidt, 1987, p. 213.
- <sup>60</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 93. Memorandum From Secretary of the Treasury Simon to President Ford, Washington, a 26 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d93> (consultado a 28 de diciembre de 2018).
- <sup>61</sup> NARA, FRUS, 1969-1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973-1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975.



- <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).
- <sup>62</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, VOLUME XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 102. Memorandum of Conversation, 17 de septiembre de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d102> (visitado a 26/12/2018).
- <sup>63</sup> AKTEN ZUR AUSWÄRTIGEN POLITIK DER BUNDESREPUBLIK DEUTSCHLANDS (en adelante AAPD), 1975, 1. Januar bis 30. Juni, 246. Gespräch des Bundesministers Genscher mit dem italienischen Aussenminister Rumor in Berchtesgaden, p. 1152–1160, 11 de agosto de 1975, Berchtesgaden. [https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo\\_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf](https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf) (consultado a 01/01/2018) [https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo\\_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf](https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf) (consultado a 01/01/2018) [https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo\\_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf](https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf) (consultado a 01/01/2018) [https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo\\_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf](https://www.degruyter.com/downloadpdf/boo_9783486718126/9783486718126.1142/9783486718126.1142.pdf) (consultado a 01/01/2018).
- <sup>64</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, VOLUME XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 103. Editorial Note. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d103> (visitado a 26/12/2018).
- <sup>65</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).
- <sup>66</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, VOLUME XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 103. Editorial Note. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d103> (visitado a 26/12/2018).
- <sup>67</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, VOLUME XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 113. Message From President Ford to French President Giscard, Washington, 3 de noviembre de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d113> (visitado a 26/12/2018).
- <sup>68</sup> FCO, Margaret Thatcher Foundation, PREM 16/838, The Economic Summit Conference at Rambouillet, 12 de febrero de 1976, Londres.
- <sup>69</sup> AN, 19900488/147, *Réflexions danoises sur la tenue du prochain sommet économique des Sept*, 5 de marzo de 1977, Copenhague.
- <sup>70</sup> AN, 19900488/147, WORMSER : *Sommet des pays industrialisés*, 22 de marzo de 1977, Bonn.
- <sup>71</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, VOLUME XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 102. Memorandum of Conversation, 17 de septiembre de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d102> (visitado a 26/12/2018).
- <sup>72</sup> James, 1997, p. 8.
- <sup>73</sup> FCO, Margaret Thatcher Foundation, PREM 16/838, *The Economic Summit Conference at Rambouillet*, 12 de febrero de 1976, Londres.
- <sup>74</sup> Reynolds, 2014, p. 20.
- <sup>75</sup> FCO, Margaret Thatcher Foundation, PREM 16/838, *The Economic Summit Conference at Rambouillet*, 12 de febrero de 1976, Londres.
- <sup>76</sup> Traducción de la autora. Robert Hormats fue miembro del Consejo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos y asesor económico del secretario de Estado Henry Kissinger, para quien tomó notas de las reuniones y negoció comunicados del G7.
- <sup>77</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 112. Memorandum From Robert Hormats of the National Security Council Staff to Secretary of State Kissinger, Washington, 24 de octubre de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d112> (consultado a 27 de diciembre de 2018).
- <sup>78</sup> Schulz y Schwartz, 2010, p. 365.
- <sup>79</sup> “Die Weltwirtschaft ist unser Schicksal.” *DieZeit*, 25 Febrero 1983.
- <sup>80</sup> Traducción de la autora.
- <sup>81</sup> Schmidt, 1987, p. 215.
- <sup>82</sup> Schulz, 2010, p. 291.
- <sup>83</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).
- <sup>84</sup> Traducción de la autora.
- <sup>85</sup> NARA, FRUS, 1969–1976, Vol. XXXI, FOREIGN ECONOMIC POLICY, 1973–1976, 94. Memorandum of Conversation, Bonn, 27 de julio de 1975. <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1969-76v31/d94> (consultado a 29 de diciembre de 2018).